

NORA ROBERTS

Un sueño atrevido



Margo, Kate y Laura han crecido como hermanas en la magnífica casa de los Templeton, ricos propietarios de un imperio hotelero en California. Laura es hija de los Templeton y acaba de casarse; Kate es una prima huérfana que ha terminado un MBA por Harvard, y Margo Sullivan es la hija de la criada y la heroína de esta historia. Buscando su independencia y el sueño de ser alguien, Margo abandona la casa en la que se crio. Pero, estafada por el director de su empresa, tiene que regresar. ¿Qué puede hacer, arruinada y con todas las ilusiones perdidas?

De nuevo en casa, con las que han sido sus hermanas del alma y con Joshua —el hijo de los Templeton y compañero de juegos de amores—, uno de sus sueños, quizá no el inicial, pero sí uno más atrevido e impensable, podría llegar a convertirse en realidad. La historia de Margo está llena de descubrimientos: el de uno mismo, el del amor y el de la familia basada no en lazos de sangre, sino en una profunda amistad.

A los viejos amigos

NORA ROBERTS

PRÓLOGO

California, 1840

Nunca volvería. La guerra se lo había arrebatado. Ella lo sentía; sentía su muerte en el vacío que se había extendido por su corazón. Felipe se había ido. Lo habían matado los estadounidenses..., o tal vez su propia necesidad de ponerse a prueba a sí mismo. Pero mientras Serafina contemplaba el agitado oleaje del Pacífico desde las altas peñas del acantilado, sentía la certeza de haberlo perdido para siempre.

La bruma se arremolinaba a su alrededor, pero no se arrebujó en su capa. El frío que sentía lo tenía en su sangre, en los huesos. Jamás conseguiría vencerlo.

Su amor se había ido, a pesar de sus oraciones, a pesar de las muchas horas que había pasado ante la Virgen Madre, suplicando su intercesión y que protegiera a su Felipe una vez se hubo puesto en camino para luchar contra aquellos estadounidenses que tanto codiciaban California.

Había caído en Santa Fe. La noticia llegó en un mensaje dirigido al padre de Serafina, en el que le daban cuenta de que su joven protegido había muerto en la batalla, con la vida segada en flor cuando combatía para defender la ciudad del asalto de los estadounidenses. Allí, tan lejos, habían enterrado su cuerpo. Ella ya nunca vería de nuevo su rostro, jamás volvería a oír su voz ni a compartir sus sueños.

No había hecho lo que le había pedido Felipe: no había embarcado de regreso a España para aguardar allí hasta que en California reinara de nuevo la seguridad. En lugar

de ello, había escondido su dote, el oro que hubiera podido ayudarles a formar juntos una familia..., a hacer realidad aquella vida con la que habían soñado tantos días luminosos en aquellos mismos acantilados. Su padre la habría casado con Felipe en cuanto volviera de la guerra convertido en un héroe: así se lo había dicho él mismo mientras enjugaba con besos las lágrimas que le corrían a ella por las mejillas. Construirían una hermosa casa, tendrían muchos hijos, plantarían un jardín... Le había prometido volver pronto para empezar a hacerlo juntos.

Y ahora él no estaba.

Quizá fuera suya la culpa por haber sido egoísta. Había querido quedarse cerca de Monterey para no interponer un océano entre los dos. Y, cuando los estadounidenses llegaron, escondió su regalo de boda, temiendo que pudieran quitárselo como habían robado tantas otras cosas.

Pero ahora le habían arrebatado todo lo que importaba. Y ella se sentía culpable, temerosa de que hubiera sido su pecado lo que le había arrebatado a Felipe. Porque había mentido a su padre para robarle todas aquellas horas pasadas con su amor. Porque se había entregado a él antes de que su matrimonio fuera santificado por Dios y por la Iglesia. Y, lo más grave aún, como pensaba cuando inclinaba la cabeza para protegerse de las fuertes ráfagas del viento..., lo más grave de todo era que no podía arrepentirse de sus pecados. Que no se arrepentiría nunca de ellos.

No le quedaban sueños, ni esperanzas, ni amor. Dios le había quitado a Felipe. Y, por ello, desafiando dieciséis años de formación religiosa, en contra de toda una vida de fe, irguió la cabeza y maldijo a Dios.

Y saltó por el acantilado.

Ciento treinta años después, aquellas mismas rocas estaban bañadas por la luz dorada del verano. Revoloteaban gaviotas sobre el mar, volviendo su blanco plumaje a las aguas

más intensamente azules antes de girar desde lejos emitiendo largos y resonantes chillidos. Flores tenaces y fuertes a pesar de sus frágiles pétalos se abrían paso a través del duro terreno, luchaban por los rayos del sol entre las finas grietas de las rocas y transformaban la aspereza en un capricho. La brisa era suave, como la caricia de la mano de un amante. El cielo, arriba, tenía el azul perfecto de los sueños.

Había tres niñas sentadas en lo alto del acantilado, contemplando el mar y pensando en la leyenda. La conocían bien, y cada una de ellas tenía su propia imagen personal de Serafina cuando se la representaba allí de pie en los instantes finales de su desesperación.

Para Laura Templeton, Serafina era una figura trágica; la imaginaba allí con los ojos anegados en lágrimas, sola en aquella altura barrida por los vientos y con una flor silvestre en la mano en el momento de caer.

Laura lloraba ahora por ella y sus ojos grises observaban el mar con tristeza, mientras se preguntaba qué hubiera hecho ella en su lugar. Porque, para Laura, el amor iba estrechamente unido a la tragedia.

Kate Powell, en cambio, veía en todo aquello un miserable error. El sol la hacía fruncir el ceño mientras arrancaba con su fina mano el tallo grueso de una hierba. La historia, ciertamente, conmovía su corazón, pero lo que la turbaba era aquella impulsiva reacción de Serafina. ¿Por qué acabar con todo, cuando la vida encierra mucho más?

En esta ocasión le había tocado a Margo Sullivan narrar la leyenda, y lo había hecho con un rico sentido dramático. Como siempre, concebía una noche tormentosa con gran aparato eléctrico..., vientos de tempestad, lluvia intensa, centelleantes relámpagos. El enorme desafío que encerraba aquel gesto la emocionaba y la turbaba a un tiempo. Ella siempre veía a Serafina con el rostro levantado hacia el cielo y una maldición en los labios en el momento de saltar.

—Hacer eso por un chico fue una estupidez —comentó Kate.

Llevaba el pelo de color caoba recogido hacia atrás en una tensa cola de caballo, que acentuaba los rasgos angulosos de su rostro, dominado por unos grandes ojos castaños en forma de almendra.

—Le amaba —dijo sencillamente Laura, con una voz que sonó grave y pensativa—. Él era el amor de su vida.

—No veo por qué solamente puede haber un amor —observó Margo, estirando sus largas piernas. Ella y Laura tenían doce años, y Kate era un año menor que las dos. Pero el cuerpo de Margo había empezado a revelar la mujer que despuntaba dentro. Se le marcaban ya los pechos y era algo de lo que se sentía complacida—. Yo no voy a tener solo un amor —proclamó con una nota de confianza—. Tendré docenas de ellos.

Kate soltó un bufido. Era una muchacha delgada, con el busto aún liso, pero no le importaba: tenía cosas mejores que hacer que pensar en chicos. El colegio, el béisbol, la música...

—Desde que Bill Leary te metió la lengua por la garganta, estás completamente chiflada —sentenció.

—Me gustan los chicos.

Segura en su feminidad, Margo sonrió pícaramente y se pasó la mano por sus largos cabellos rubios. Su melena, densa y ondulada, le llegaba más abajo de los hombros y tenía el color del trigo maduro. Al minuto siguiente de haber escapado de los ojos de águila de su madre, la había librado de la cinta de goma con que Ann Sullivan prefería que la llevara sujeta a la nuca. Al igual que su cuerpo y su voz ya áspera, sus cabellos correspondían ya más a una mujer que a una adolescente.

—Y yo les gusto a ellos —afirmó; lo cual, en su opinión, era lo mejor del asunto—. Pero ¡juro que jamás me mataría por alguno!

Laura, con un gesto maquinal, echó un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que nadie hubiera oído aquel juramento de su amiga. Estaban solas, por supuesto, en un apacible día de verano: la estación del año que ella prefería. Su mirada no se apartaba de la casa encaramada en lo alto de la colina detrás de ellas. Era su hogar, su refugio seguro, y le gustaba contemplar sus caprichosos remates, sus ventanales en arco, las rojizas tejas de la cubierta, cuya arcilla seguía cociéndose bajo el sol californiano.

En ocasiones pensaba en la casa como si se tratara de un castillo, y ella una princesa. Últimamente había comenzado a imaginar la existencia de un príncipe que se presentaría un día montando su caballo para llevársela de allí al amor, al matrimonio y a un destino de eterna felicidad.

—Yo solo quiero a uno —murmuró—. Y, si algo le sucediera, partiría mi corazón para siempre.

—Pero nunca te arrojarías por un acantilado... —El carácter pragmático de Kate no concebía esa posibilidad. Puedes matarte por cometer un fallo en un vuelo de rutina o en el intento de bombardear un objetivo, pero... ¿por un chico? ¡Eso era ridículo!—. Tendrías que esperar a ver qué ocurría después.

También ella observaba la casa, Templeton House, que era ahora su hogar. Se decía que, de ellas tres, era la única que comprendía lo que era afrontar lo peor y esperar. Tenía ocho años cuando perdió a sus padres; había visto cómo se abría un abismo bajo sus pies y la ponía al borde del hundimiento. Pero los Templeton la habían acogido en su casa, le habían dado su cariño y, aunque no era más que una prima segunda de la inestable rama colateral de los Powell, la habían acogido como miembro de su propia familia. Siempre era prudente esperar.

—Yo sé bien lo que haría: gritaría y maldeciría a Dios —decidió Margo. Lo hizo así ahora, fingiendo con la facilidad de un camaleón una actitud de abrumador dolor—. Después, tomaría mi dote y me iría a navegar por el mundo, a

verlo todo, a hacerlo todo. A ser todo lo que quisiera. —Alzó los brazos, satisfecha por la forma como el sol los acariciaba.

Se sentía feliz en Templeton House. Era el único hogar que recordaba. Tenía solo cuatro años cuando su madre dejó Irlanda y se trasladó a trabajar a California. Aunque siempre la habían tratado como a alguien de la familia, jamás olvidaba que era la hija de una sirvienta. Pero ambicionaba ser más. Mucho más. Sabía lo que quería su madre para ella: una buena educación, un buen trabajo, un buen marido. Sin embargo... ¿podía haber algo más aburrido? Ella no iba a parecerse a su madre... Por nada del mundo accedería a marchitarse y convertirse en una solterona antes de cumplir los treinta años.

Su madre era una mujer joven y bella, se decía Margo. Aun cuando ella restara importancia a ambas cosas, eran dos realidades. Sin embargo, jamás había sacado partido de su juventud o su belleza para salir con hombres o tener una vida social. Y, además..., ¡era tan terriblemente estricta! «No hagas esto, Margo; no hagas eso otro... Eres demasiado joven para ponerte lápiz de labios y colorete». Preocupada, temerosa siempre de que su hija fuera demasiado apasionada, demasiado terca, demasiado ansiosa de elevarse por encima de su condición. Cualquiera que fuese esa condición, pensaba Margo.

Se preguntaba si su padre habría sido también un hombre apasionado. ¿Habría sido un buen mozo, además? Desde hacía algún tiempo, Margo había comenzado a preguntarse si su madre se había visto obligada a casarse con él..., como suele ocurrirles a las chicas. No podía haberse casado por amor porque, de haber sido así, ¿por qué no hablaba nunca de él? ¿Por qué no tenía fotos, recuerdos y anécdotas del hombre con el que se había casado y que había perdido durante una galerna en el mar?

Por eso ahora Margo miraba al mar y pensaba en su madre. Ann Sullivan no era una Serafina, se dijo. Ella no se de-

jó vencer por la pena y la desesperación: se limitó a volver la página y a olvidar.

Después de todo, tal vez no había obrado mal al hacerlo. Si permitías que un hombre significara demasiado para ti, sufrirías también demasiado cuando se marchara. Eso no implicaba que tuvieras que dejar de vivir. Pero, aun cuando no saltes por un acantilado, hay otras muchas formas de poner fin a la vida.

«¡Ojalá mamá lo pensara!», se dijo, y después sacudió resueltamente la cabeza y volvió la mirada hacia el mar. No quería pensar ahora en eso, en que nada de cuanto hacía o quería parecía merecer la aprobación de su madre. Esa idea la agitaba vivamente por dentro. Mejor no darle vueltas.

Pensaría más bien en los lugares que visitaría algún día, en las personas que conocería. Su vida en Templeton House, el hecho de formar parte del mundo en que se movían los Templeton con tanta naturalidad, le había permitido saborear ya los placeres del vivir a lo grande. Los hoteles de fábula que tenían en tantas ciudades excitantes... Algún día se alojaría en ellos y se movería como pez en el agua por las habitaciones de su suite..., como en el hotel Templeton de Monterey, con sus pasmosos dos niveles, muebles elegantes y flores por todas partes. Tenían una cama digna de una reina, con dosel y mullidos almohadones tapizados de seda.

Cuando le había comentado todo esto al señor T., él se había reído, la había abrazado y le había dejado dar saltos en aquella cama. Jamás olvidaría la sensación que le había producido acurrucarse entre aquellos almohadones blancos y perfumados. La señora T. le había dicho que aquella cama provenía de España y que tenía doscientos años de antigüedad.

Algún día ella poseería también cosas importantes y hermosas como aquella cama. No precisamente para cuidarlas, como hacía su madre, sino para tenerlas. Porque

cuando las tienes y son tuyas, te hacen a ti también importante y hermosa.

—Cuando encontremos la dote de Serafina, seremos ricas —anunció Margo, y Kate soltó un nuevo bufido:

—Lacen ya es rica —señaló con toda lógica—. Y, si la entendiéramos tendríamos que depositarla en el banco hasta que seamos mayores.

—Yo me compraré todo lo que quiera —anunció Margo, a la vez que se incorporaba y ceñía sus rodillas con los brazos—. Vestidos, joyas y cosas hermosas. Y un coche.

—Aún no tienes edad para conducir —observó Kate—. Yo invertiré una parte, porque, como dice tío Tommy, hace falta dinero para ganar dinero.

—Eso es muy aburrido, Kate —le reprochó Margo propinando a esta una afectuosa palmada en el hombro—. Eres muy sosa. Te diré qué podemos hacer con ese dinero: realizar un viaje alrededor del mundo. Las tres. Iremos a Londres, a París y a Roma. Y nos alojaremos en los hoteles Templeton, porque son los mejores de todos.

—Será como una fiesta interminable, siempre juntas —dijo Laura, dejándose llevar por el impulso de la fantasía. Ella ya había estado en Londres, en París y en Roma, y le habían parecido ciudades espléndidas. Pero en ningún lugar había visto nada más hermoso que allí, en Templeton House—. Estaremos levantadas toda la noche, y bailaremos solo con los hombres más apuestos. Después volveremos a Templeton House y permaneceremos siempre juntas.

—¡Pues claro que estaremos siempre juntas! —exclamó Margo, pasando el brazo primero por los hombros de Laura y después por los de Kate. Para ella su amistad era algo fuera de toda cuestión—. Ya somos grandes amigas, ¿no? Pues cada día lo seremos más.

Se oyó de pronto el ruido de un motor y ella se levantó de un salto y puso enseguida cara de desdén.

—¡Ya está aquí Josh con uno de sus repelentes amigos!

—No dejes que te vea —dijo Kate tirando con fuerza de la mano de Margo. Josh podía ser hermano de Laura por nacimiento, pero por temperamento era también el vivo retrato de Kate, lo que hacía muy auténtico el desprecio de ésta—. Vendrá solo a incordiarnos. Se cree alguien ahora que sabe conducir.

—No viene a molestarnos —dijo Laura poniéndose en pie para ver quién viajaba a su lado en el pequeño y veloz descapotable. Al reconocer los cabellos oscuros y alborotados, hizo una mueca—: ¡Oh, es solo ese gorila de Michael Fury! No entiendo por qué Josh tiene que ir a todas partes con él.

—Pues porque es un tipo peligroso —Margo podía tener solo doce años, pero algunas mujeres nacen con la capacidad de reconocer y valorar a un hombre peligroso. Sin embargo, ella tenía ahora los ojos fijos en Josh.

Se decía a sí misma que era porque la irritaba con su actitud de heredero obvio, de príncipe dorado perfecto, empeñado en tratarla continuamente como a una hermana menor algo estúpida, cuando cualquiera que tuviese ojos podía ver que ya era casi una mujer.

—¡Eh, mocosas! —les gritó y, con la estudiada frialdad de sus dieciséis años, se reclinó en el asiento del conductor del vehículo, cuyo motor giraba ahora al ralentí. La radio del coche atronaba el espacio con las notas de «Hotel California» de Los Eagles, que danzaban en la brisa del verano—. ¿Todavía buscando el tesoro de Serafina?

—Solo estamos disfrutando del sol y de la tranquilidad —dijo Margo. Pero fue ella misma quien anuló la distancia, caminando despacio hacia ellos sin mirar atrás. Los ojos de Josh le sonreían por debajo de una mata de cabellos rubios, dorados por el sol y agitados por el viento. Los de Michael Fury, sin embargo, se escondían detrás de unas gafas de sol con cristales de efecto espejo, lo que le impedía saber hacia dónde miraban. Tampoco la interesaba demasia-

do, pero se inclinó sobre la portezuela del coche y dijo con su mejor sonrisa—: ¡Hola, Michael!

—Hola —respondió él.

—Estas chicas andan correteando siempre por los acantilados —informó Josh a su amigo—, convencidas de que cualquier día van a pisar un montón de doblones de oro. — Dedicó un gesto despectivo a Margo.

Era mucho más fácil burlarse de ella que considerar por un instante el aspecto que tenía con aquellos ajustados pantaloncitos cortos. ¡Joder! Era solo una cría y, prácticamente, una hermana suya además, así que corría el riesgo de ir a freírse en el infierno si albergaba aquellos extraños pensamientos acerca de ella.

—Algún día los encontraremos.

Margo se inclinó más aún, para que él pudiera oler su fragancia. Arqueó una ceja, atrayendo la atención del muchacho hacia el lunar que tenía en la punta de ella, coqueteando. Sus cejas tenían un tono algo más oscuro que el rubio más pálido de sus cabellos. Y sus pechos, que parecían abultarse más cada vez que un muchacho pestañeaba al mirarlos, se perfilaban claramente bajo la ajustada camiseta. Como notaba la boca dolorosamente seca, a Josh la voz le salió aguda y burlona.

—Deja de soñar, duquesa. Vosotras, chicas, volved a vuestros juegos. Nosotros tenemos cosas mejores que hacer. —Y, tras esto, pisó con fuerza el acelerador y se alejó de ellas sin dejar de seguir observando a Margo por el ojo, ya hecho al espejo retrovisor.

El corazón de mujer de Margo quedó palpitando confundidamente. Se echó hacia atrás los cabellos y siguió con la vista al pequeño automóvil que se alejaba como una bala. Era fácil burlarse de la hija de un ama de llaves, pensó mientras la ira burbujeaba en su pecho. Pero, cuando fuera rica y famosa...

—Algún día lamentará haberse reído de mí.

—Tú ya sabes que no lo dice en serio, Margo —trató de apaciguarla Laura.

—No..., es solamente un hombre —dijo Kate encogiéndose de hombros—. Un perfecto asno.

Aquello hizo reír a Margo, y cruzaron juntas la carretera para comenzar la subida de la colina hasta Templeton House. «Algún día —se dijo de nuevo—. Algún día».

1

A sus dieciocho años, Margo sabía exactamente lo que deseaba. Que era lo mismo que había querido a los doce: todo. Pero ahora ya había resuelto cómo haría para conseguirlo. Pensaba valerse para ello de su belleza, que era el mejor, y tal vez el único talento que creía tener. Se veía con cualidades para actuar o, como mínimo, para aprender a hacerlo. Tenía que resultarle más fácil que el álgebra o la literatura inglesa o cualquiera de las demás atosigantes materias de la escuela. Pero, en cualquier caso, de una forma u otra, iba a ser una estrella. Y lo haría por su cuenta.

Lo había decidido la noche antes. La noche antes de la boda de Laura. ¿Acaso era egoísmo por su parte sentirse tan mal por el hecho de que Laura estuviera a punto de casarse?

Era casi la misma sensación de abandono que había tenido cuando, el verano anterior, el señor y la señora T. habían viajado a Europa con Laura, Josh y Kate para pasar allí un mes entero. Ella había tenido que quedarse en la casa porque su madre había rechazado el ofrecimiento de los Templeton de llevarla. Margo se moría de ganas de ir, lo recordaba bien, pero ninguno de sus ruegos, ni los de Laura y Kate, habían conseguido que Ann Sullivan cediera un milímetro en su decisión.

—Tu puesto no está en recorrer Europa alojándote en hoteles de ensueño —le había dicho mamá—. Los Templeton ya han sido suficientemente generosos contigo para que ahora esperes de ellos algo más.